

Cuba: El racismo que se lleva dentro

Manuel Cuesta Morúa
Historiador, filósofo y antropólogo
Secretario General de la Corriente Socialista
Democrática (CSDC)

Lleo y releo la conferencia *Cuba, la que llevo dentro*, presentada por Monseñor Carlos Manuel de Céspedes el 25 de noviembre de 2004 en el Aula Fray Bartolomé de las Casas del Convento San Juan de Letrán, uno de los lugares más respetables de La Habana, y estoy francamente alarmado. Alarmado, después de apagada la extrañeza y sublevación que me produjo su primera lectura.

Mi tardía sublevación y mi alarma tienen que ver más con la velocidad en la comunicación de las ideas que con mi rapidez o lentitud mental. Comenté esta conferencia con amigos y amigas, y me invitaron a hacer una réplica. El asunto me parece de una gravedad tal que acepté su sugerencia. Creo que su connotación cultural y política lo exigen.

¿Qué es lo que se lleva dentro? La psicología y el psicoanálisis, la historia de las mentalidades y los *talk shows* son los gran-

des develadores modernos de lo que guardamos dentro, a veces como un tesoro. El desarrollo de estas ciencias y técnicas en la época moderna nos ha hecho más libres y mejores en la medida en que nos libera de nuestros recovecos y escondites internos. Las culturas de psicología y mentalidad menos enrevesadas son aquellas en las que lo que se lleva dentro está casi todo el tiempo disponible fuera. No siempre esto es posible, pero es claro que el clima mental de esas culturas es envidiable.

La nuestra no es exactamente una de esas culturas. Lo que se lleva dentro no siempre se sabe, no siempre coincide con lo que tratamos de demostrar fuera y en muchas ocasiones lo logramos enmascarar con algunas de las actitudes que los sicólogos recogen bajo el nombre de proyección: la denuncia de nuestros defectos a través de los otros, o la altisonante y rotunda afirma-



ción de que poseemos lo que precisamente carecemos. De modo que en Cuba, y esto es un dato científico, es difícil saber qué pasa en realidad por la mente profunda de los cubanos. Tres efectos poderosos tiene este hecho: la represión constante de los sentimientos, la constante y rápida reproducción de los prejuicios y el descubrimiento sorprendente de nuevos rasgos en la personalidad de los otros.

En *Cuba, la que llevo dentro*, esto brota tras las sutilezas de un texto muy bien escrito por una persona admirable. Y aunque aparezca en primera persona, me interesa menos quien lo escribe que la corriente intelectual y de opinión que podría reflejar. Me importa, y mucho, los aplausos que habrá cosechado al ritmo de su lectura. Si *Cuba, la que llevo dentro* es una constelación individual de ideas, descansaríame mejor aun cuando mi réplica fuera interpretada como un ata-

que personal, que no lo es. Tras ello querría pensar que en este punto el discurso de Monseñor de Céspedes constituye una reminiscencia del viejo catolicismo, ya caduco y anquilosado, en un hombre de muchas vas-tedades. No obstante, en este y en todos los casos, parafraseando a los retóricos, prefiero dialogar con la mayor.

La estructura del artículo de Monseñor de Céspedes es simple: un despliegue seductor de erudición a la entrada que acomoda al lector en una empatía con lo vernáculo: la simetría entre nuestra naturaleza y nuestro carácter recuerda a Domingo Faustino Sarmiento, el argentino, el presidente y autor de *Facundo*, un libro clásico, quien conectaba clima y carácter cuando se trataba de describir la exaltación y volubilidad de los pobladores de la Pampa. Probablemente nuestras formas de ser tengan tan poco que ver con el comportamiento de nuestra naturaleza como nuestras ambiciones egocéntricas y mesiánicas con la densidad y dimensiones geográficas de la Isla. Es, empero, atractivo para la imaginación saber que el caimito y la yagruma (dos especies de nuestra naturaleza floral) guardan estrecha relación con nuestros humores y veleidades de temperamento. Cuba no es por gusto y para mi agrado un país de poetas, pero desde luego esta relación no es científicamente demostrable en el caso de los cubanos. El tiempo para que naturaleza e individuo se confundan se mide por milenios, siempre y cuando la tecnología no se interponga. Visto así, los cubanos no podemos exhibir en este punto la riqueza de los Aztecas de México o los Topekas de las Dakotas en Estados Unidos. Me temo que la metáfora floral es tan poderosa como engañosa.

Y de la naturaleza a la cultura. El asunto aquí se complica en dos rutas: por un lado, la lógica interna del texto se monta

tras la siguiente falacia: *pos hoc, ergo, propter hoc* (por esto, a consecuencia de esto), que traducido al castellano viene a significar algo así como que “aquellas aguas, trajeron estos lodos”. Cuando usted consume el texto debe haber aprendido que la baja moralidad de nosotros los cubanos está vinculada a algunas prácticas provenientes del entorno cultural africano —el motivo subyacente de la conferencia— que por mal tratamiento y contagio, por acercamiento insuficiente o deficiencias en las elites directoras, amenazan la solidez de nuestra identidad nacional al debilitar su matriz.

¿Cuál es esa matriz? Segunda ruta complicada. Nuestra matriz es indiscutiblemente hispana, se dice en el artículo. Lo cual es cierto a condición de que podamos afirmar que nuestra matriz es también indiscutiblemente africana. ¿Y sobre qué bases se pretende demostrar aquella afirmación? Escasa población aborigen; población sustancialmente española, con su consiguiente armazón cultural y su fe religiosa moldeada en el cristianismo católico peculiar de la península ibérica; el idioma español, claro está, y el Renacimiento más el Siglo de las Luces transportados por la marina española, lo que es, desde luego, otra discusión.

A esta matriz se adhiere el pluriforme injerto africano. Fijemos la desproporción y la manipulación en la técnica retórica. Matriz hispana es un concepto conciso, cerrado, compacto, mayestático y unitario. Parece de verdad tronco. Pluriforme injerto africano, por el contrario, es más laxo, abierto, indefinido e inasible. De verdad parece algo que sólo se puede embutir para matizar.

Es muy probable que la pluriformidad sea más demostrable en los españoles que poblaron la Isla que en los propios africanos. Hablar de matriz hispana no se puede

hacer ni siquiera en España. Lo hispano tiene como sustrato una variedad tan rica e influida por lo morisco es decir, por lo africano, que proyectarlo así sin más, como tronco de otra nacionalidad, equivale al intento, puramente intelectual, de fundar una Utopía desde otra Utopía que se fue haciendo desde la reconquista, la contrarreforma y la conquista de América misma. Si en los siglos XV, XVI, XVII y XVIII la hispanidad se está estructurando como un proyecto desde arriba, ¿cómo es posible que lo que no es aún sea la matriz de otra nacionalidad que asimila otros componentes? Hispania es un topónimo, un nombre dado a la península por los romanos de la antigüedad, que se extiende sobre una diversidad cultural unificándola en el proceso sin destruirla.

Esta unificación de la diversidad peninsular en lo hispano es lo que la distingue de lo pluriforme africano, pero la identidad de las culturas de conquista tiene menos que ver con los procesos unificadores y más con sus interacciones específicas. Lo hispano en Cuba se reduce a esto: el idioma, el catolicismo, el barroco y la escolástica, el derecho, la administración (la política), y el ejercicio permanente de la intolerancia y la violencia, más la disidencia intelectual inaugurada por el Fraile Bartolomé de las Casas. Todo ello tendrá efectos poderosos sobre la nacionalidad, sin duda alguna, pero sin la fuerza hegemónica que se exige para ser matriz única de nuestra identidad. A sus efectos es más propio hablar —con toda la riqueza de esta variedad— de gallegos, asturianos, vascos, andaluces, canarios, catalanes, etcétera, y de africanos en las diferentes etnias que fueron traídas a Cuba. Esto para referirnos a las matrices más relevantes. Concepto este de matriz, por cierto, que no capta el funda-

mento básico de identidad en las culturas forjadas por conquista.

Pero cuando se habla de pluriforme injerto africano, no sabemos qué define lo africano. Mientras la matriz es descrita en sus influencias, no se sabe en definitivas cómo influye el injerto. Luz y sombra como técnica retórica que oscurece —¿más?— lo que se vive como problema y conflicto al mismo tiempo. Ni siquiera se hace mención a los artefactos de la cultura; pero se pierden de vista, fundamentalmente, tres dimensiones básicas de cualquier identidad: la mentalidad, el comportamiento y el estilo de convivencia. Las tres son básicas porque determinan el repertorio de respuestas de una cultura ante las circunstancias: por eso los franceses, los italianos, los españoles y los cubanos somos diferentes independientemente de nuestra común matriz latina.

¿Qué conceptos antropológicos se están manejando en el texto? Matriz, tronco, identidad nacional, almacén, injerto, evolución, mestizaje, primitivismo irracional son los más recurrentes y modelan el artículo, su concepción y conclusiones relevantes. Dentro de ellos, los de matriz, almacén, tronco e injerto son los más fuertes. Digamos que los conceptos más productivos.

Pues bien, ninguna antropología sería utiliza o combina estos conceptos para captar, analizar y describir la identidad de una cultura. Por una doble razón: no son conceptos fluidos ni interactivos. Está claro que si usted coge un tronco de mata de naranja y le injerta un trozo de limón obtendrá un fruto estático de naranja-limón, donde de seguro predominarán la forma y el zumo de la naranja con un ligero sabor amargo. Nada más. La función del limón aquí es casi la del aliño en las suculentas y bien preparadas comidas. Y si la identidad cubana des-

cribe esta operación, simplemente no existe. Estaríamos coexistiendo en la Isla hispanos, africanos y algunos fragmentos más tratando de convivir dentro de una almacén que se resiste a ser rearmada. Quiero hacer ver de este modo, y por extensión, que el uso metafórico de los conceptos es harto peligroso.

Almacén: el concepto-llave que abre las puertas a la estructura cultural de *Cuba, la que llevo dentro*.

En efecto, armar es el *modus operandi* de las clases directoras en la invención de Cuba. Tanto las elites pragmáticas como las románticas trataron de inventar Cuba y lo lograron. En términos políticos no podía ser de otro modo. Lo que ellas no pudieron inventar ni podrán hacerlo jamás es la cadena nacionalidad-identidad-cultura. Sin embargo el problema fue, y siempre ha sido, que se propusieron también inventar esa cadena y nunca han dado en el clavo. Pero han sido obstinadas. Una obstinación que tiene el sello del viejo catolicismo y que proyecta la identidad y mentalidad católicas de la época como la estructura dentro de la que debe ser armada la identidad nacional. Y debo aclarar que identidad y mentalidad católicas no se refieren a los mismos sujetos; a veces incluso comprende a sujetos que han sido enemigos, o se autoperceben como tales, aunque compartan el mismo encuadre mental.

Por eso en un sentido *Cuba, la que llevo dentro* tiene razón: la identidad de las elites motrices en Cuba, su alma, siempre ha sido hispana en el sentido originario expandido a América con la conquista: blanca, católica —por identidad o mentalidad—, machista, intolerante y racista y sin la flexibilidad de la otra elite, la Wasp (por sus siglas en inglés y traducible como Blanco, Anglosajón y Protestante), que dominó y modeló los Estados Unidos.



Estas elites que dominan toda la historia de Cuba, desde la etapa colonial, cuando éramos mera provincia de España, hasta la actualidad, cuando estamos amenazados en nuestra continuidad como nación política, han concebido una Cuba así:

En términos políticos, como una República de ciudadanos de primera línea y por tanto cultos, católicos e instruidos, propietarios y conectados a dos dinámicas culturales de avanzada: Europa —vía España algunos, otros al margen de ella— y los Estados Unidos. Después de 1959 sólo habría que sustituir, nominalmente, católico por comunista y, realmente, propietarios por proletarios. Efectuado el cambio, la lógica sigue siendo la misma. La velocidad y el referente que exige este proyecto de República, que todavía no cuaja ni cuajará por su falta de comprensión de las bases culturales de la nacionalidad e identidad cubanas, no asimila bien al negro.

En términos culturales y por consiguiente de identidad, como un espacio que debe ser moldeado por un tipo de moral prohibitiva, rígida, paternalista, con un fuerte sentido de la culpa, regañona y reacia a la diversidad que representan los otros. Para estas elites la identidad de Cuba no se establece en base a elementos estéticos y de mentalidad. La identidad de Cuba es ética y, como tal permanecerá siempre en estado de proyecto hasta que los cubanos no seamos moldeados por la ética cristiana, en versión católica o revolucionaria: las poderosas imágenes de la moral de Cristo y de la moral del Che se contraponen en sus orígenes, desafíos, contenidos y consecuencias, pero no en su estructura ni en sus bases. Estas imágenes, que merecen todo mi respeto, poco tienen que ver con la Cuba profunda, aunque sí con la más visible. Y si la nación cubana está incompleta, lo está para estas elites porque la ética que han propuesto no puebla todas y cada una de nuestras cabezas. En este proyecto el negro tampoco es bien asimilable, a menos que sea evangelizado —y esta condición ni siquiera es suficiente— por la Iglesia Católica o por la indefinible y novísima Batalla de Ideas.

Todo lo anterior requiere armar o construir, rearmar o reconstruir la identidad de Cuba; en muy pocos casos en relación a sus elementos reales; en la mayoría, desde el mero artificio político o cultural.

Si este proyecto ha de prevalecer, es necesario cuidar y proteger la matriz: moral, política e intelectualmente. Y aunque parezca contradictorio, la matriz puede protegerse igualmente del modo que propone *Cuba, la que llevo dentro* o del modo que critica. En ambos casos el negro es visto como ese extraño familiar que hay que lavar y domesticar, o que hay que manipular si sus

resistencias culturales resultan tan fuertes como parecen ser.

La nota descollante del proyecto moral y político de nuestra historia republicana hasta hoy —proyecto cuajado desde la etapa colonial— es así profundamente racista; y en verdad que nunca había leído una defensa católico-cristiana de ese proyecto hasta que me encontré con el texto de Monseñor de Céspedes.

¿Dije racista? Sí, pero de un racismo peculiar. Un racismo interrumpido por la mortificación de la carne india, negra y mulata. La traición de la libido descolocó todo el racismo hispánico.

Los españoles detestaban todo lo indígena y africano: su religiosidad, su plasticidad mental, su desconocimiento hacia el Dios Único y su politeísmo. Todo excepto los briosos y perfilados cuerpos de las indias, negras y negros de nación. Ahora bien, la identidad de Cuba comienza en el intercambio que resulta de esta violencia del cuerpo del diferente: comienza física y simbólicamente en ese momento: con o sin parto, con o sin aborto y con ese primer mestizo o esa primera mestiza que nacen de la relación blanco-indio-negro y de la súbita aparición del mundo del otro, lo que significa una quiebra natural de las barreras entre poblaciones de raíces diversas.

Así nace la identidad en las culturas forjadas por conquista: del flujo entre mundos diferentes y de la resistencia de los dominados y conquistados. Como saben todos los antropólogos serios, la resistencia en cuestiones de cultura influye más a la larga en la formación de las identidades —asunto siempre del largo plazo— que los modelos introducidos e impuestos por las elites. Expongo una sola y sencilla razón, de psicología individual y colectiva: la imposición bloquea los mecanismos profundos de asimilación men-

tal y construye imágenes falsas aunque muy sutiles de pertenencia, que han sido siempre el dolor de cabeza de antropólogos y sociólogos. Esto afianza, más que destruye, los rasgos culturales que reproducen los grupos. Casi cincuenta años de marxismo impuesto no lograron convertir a los cubanos a esa religión política. Casi el mismo tiempo de suprimidas las Navidades, hoy son celebradas por generaciones que nacieron después de los años sesenta del siglo pasado. Confundir cultura de dominación con identidad cultural ha sido siempre, y en consecuencia, el error intelectual, cultural y político de las elites de poder en Cuba, demasiado rígidas y por eso mismo incapaces para modelar nuestra identidad.

Cuba se constituye, como identidad, quebrando toda matriz. La proliferación de lo diverso es nuestro signo. En ese contexto irrumpe por ejemplo —para referirme al mundo estricto de la religión—, la diversidad que representa el protestantismo, a fines del siglo XIX, reestructurando todo el paisaje de una dimensión tan importante en la formación de todos los pueblos de Occidente.

Nación del Occidente, Cuba tiene un molde occidental. Verdad de Perogrullo y petición de principio que me atrevo a reproducir para distinguir hispanidad de occidentalidad. ¿Cómo distinguirlos en el caso de Cuba? De muchas maneras. Para el asunto en discusión vale decir que el hispanismo aquí no ha alcanzado hegemonía sociológica en ninguna de sus dimensiones, porque Cuba nace de las múltiples tensiones en la formación cultural misma de Occidente. No digo, para que no se me malinterprete, que nuestro país está en el centro de la modernidad occidental, sino que nace de sus contradicciones. ¿Explotar indios es pecado?, pues traed negros; ¿qué los negros son muchos?,

pues traed más blancos; ¿que no hay brazos?, pues importad haitianos, jamaicanos y culies chinos. Demasiada velocidad histórica para que una cosmovisión Única, vinculada al catolicismo, tenga tiempo de moldear una identidad. Demasiada diversidad cultural para que la combinación entre cultura de elite y dominación lograra a la larga imponer su modelo. Digo absolutamente que el pluralismo cultural y religioso es nuestra identidad.

En este proceso veloz y diverso, ¿quién moldea a quién y quién modela la identidad? Si la identidad está en las universidades, en los centros de formación, en los lugares bien y en el sempiterno discurso de las elites, pues casi no hay discusión: nuestro molde es predominantemente hispano: su personal, blanco y blanqueado, y las bases escolásticas de su proyección cultural y pedagógica así lo testimonian. Sabemos muy bien que la presencia negra en los centros de alta cultura en Cuba dejó y deja mucho que desear. Hoy mismo, según algunos datos que debo confirmar, el 92% de los estudiantes universitarios en Cuba es de lo que aquí llamamos raza blanca. Me imagino que en los centros de formación católica —lo que no es buena noticia— la relación porcentual esté algo por encima.

Ahora bien, si la identidad está en la comunidad, el cuartón y el barrio, donde viven o a donde van incluso nuestros descendientes hispánicos, la matriz está en problemas...y muy graves, como muy bien saben los más serios antropólogos cubanos. Monseñor de Céspedes, sin ser antropólogo, lo sabe. Pero donde él ve un retroceso o una involución, aquellos ven una manifestación del modelo de nuestra identidad: el permanente trasiego de valores, elementos, gestos y maneras de expresarnos que conforman la cultura cubana. La moralización de la iden-

tividad es un mal camino para entender qué pasa en Cuba y quiénes somos los cubanos.

Esto me lleva a un punto central. La nación cubana no es una prolongación política de una nación étnica. No es la reunión de etnias germanas en una entidad política llamada Alemania ni expresa la continuidad de los nipones del Japón. Ningún descubrimiento, por cierto. Pero no nace tampoco ni siquiera de la confluencia pacífica o forzada de la diversidad como en el caso mismo de España. En España la diversidad fue trabajada durante siglos por el catolicismo y tuvo y continúa teniendo el obstáculo y la riqueza de que esa diversidad, forjada también durante siglos, tiene una expresión territorial: la Vascongada, Catalunya, Galixia, etcétera. Lo segundo es decir, el catolicismo, facilitó la unidad por encima de lo primero es decir, la diversidad; todo lo cual permitió el nacimiento de lo Hispánico. A la larga, de la unidad en la mente y en la fe, nace España. Sin embargo, se llegó a un pacto por el cual la nación política, identificada no sólo en la fe, asume a las diversas naciones étnicas expresadas en la cultura.

El nacimiento de Cuba es político a secas, en lo que tiene que ver primero con su nacionalidad y después con la nación. Cuando este esfuerzo de darnos una nación se topa con las cuestiones de identidad no tiene un problema de política, sino de cultura: el de cómo abrir las puertas de acceso a la diversidad nacional y no el de cómo convertir en nacionales a la diversidad étnica. Para entonces ya la identidad nacional está cuajada en las tardes o noches del barracón, en las prácticas múltiples de la religiosidad, en la penetración silenciosa del indígena ausente, en el pragmatismo como filosofía de vida, en la adaptabilidad frente a referencias históricamente adversas para nuestra realización individual y colectiva, y en



muchas cosas más que todo el mundo sabe, y sobre todo, vive.

Concediendo, en una hipótesis extravagante, que lo hispánico expresara alguna continuidad étnica, esto sólo se conecta en Cuba con el esfuerzo de la metrópolis de construir su vasto imperio y para el cual éramos una mera provincia. El catolicismo, en su expresión múltiple, tiene un fuerte significado para este esfuerzo de hispanismo universal respaldado por el Universo de la Iglesia católica. Pero para cuando Cuba despunta como nación, lo hispánico está sabotado en todos sus niveles por lo indígena y lo africano. Cuba simplemente no podía ser desde el incesto étnico. La función centrípeta de la matriz, de todas las matri-

ces, desaparece. Lo hispánico y su moral, que garantizaban una isla siempre fiel a España, constituyen un espacio más, importante sin dudas, dentro del vitral que expresa la nación cubana.

Se ha hablado y teorizado poco, pero soy de los que piensa que el molde integrador de los cubanos no proviene ni podía provenir de las identidades culturales sino del ámbito político del republicanismo, que tuvo una deriva muy fuerte e históricamente perversa en el culto a las revoluciones. La pluralidad cultural logra algunos niveles de integración, sobre todo en lo estético, y desencuentros insolubles en la religión, con una que otra superposición más o menos confusa en este ámbito. En la Cuba de siem-

pre se practican ritos diversos, religiones de casi todo el mundo, hermandades de diversa procedencia y cristianismos de múltiples interpretaciones, a veces todo entrecruzado. Hay y hubo también siempre muchos ateos. ¿Qué tiene que ver todo esto con la matriz hispánica?

Frente a todo aquello sólo podía ocurrir lo siguiente: por un lado, la mutua penetración de las culturas y por otro, su mutua neutralización. El ámbito de lo político era y es el único que podía ofrecer una cierta unificación de la diversidad, a condición de disolver su matrimonio de hecho con cualquier esquema de control y dominación cultural de esa diversidad indómita. La elite hispana en Cuba necesitaba y necesita en este punto la flexibilidad de la elite Wasp que logró integrar más a su minoría negra, en niveles sociales y públicos, porque no se le ocurrió hacerla puritana. Flexibilidad que parece imposible, por supuesto.

¿Qué conectaba y conecta nuestra diversidad o fragmentación cultural? Un cemento anti-hispano que muchos en Cuba no quieren admitir como un rasgo fundamental de la identidad cubana: la combinación entre practicismo y pragmatismo. Sabemos, a pesar de nuestras resistencias, que los *Usos del Espíritu* es un libro que se le debe a la cultura cubana. Porque los cubanos, en sentido general, no están al servicio del Espíritu sino que ponen a todos los espíritus como gerentes del más allá, para la mejor gestión de sus vidas personales, familiares y colectivas: una lectura de la vida divorciada de su matriz hispana y que tuvo y tendrá consecuencias fundamentales para pensar nuestro proyecto de nación.

Pero en las premisas del proyecto de nación que se ha definido hasta hoy día, el negro sobra. Así sin más. El problema para estas premisas es que el negro no sobra en la

nación real, esa que existe y forjó su identidad como pudo. Y la realidad siempre introduce matices que diversifican los enfoques.

Un sector de la elite, despreocupada por los asuntos históricos y culturales, pensó y piensa que los negros deben ocupar su lugar. ¿Cuál? Que nada de mezclas y que se debe hacer un esfuerzo intelectual, económico y político por legitimar una supremacía de hecho en la sociedad. Un enfoque que no tiene intelectuales con coraje para asumir el desafío público necesario y que hasta ahora sólo se expresa con gestos: de autoafirmación y desprecio hacia el negro.

Otro sector de la elite, con una mínima sensibilidad cultural e histórica y algo atraído por el mestizaje, piensa que los negros deben ocupar un lugar que los haga sentirse partícipes e integrados, que para ello deben ser lavados, sin exagerar con el baño; pero que todo ello debe hacerse evitando su entrada permanente a los circuitos básicos de la elite para evitar una contaminación que debilite una dominación heredada por cultura y esfuerzo de los “padres fundadores”. Para este sector, los negros dentro de los circuitos periféricos muestran el éxito de su proyecto e ilustran el valor, funcionalidad y modernismo de su obra pedagógica. Claro que hay negros, la mayoría, fuera de aquellos circuitos periféricos. Permitirles que se reproduzcan simbólicamente en sus guetos rituales y filtrar su cultura para uso folclórico y estético del poder es un buen dispositivo de control a distancia que garantiza tranquilidad a su proyecto, buena conciencia en relación con la inevitable inferioridad del negro y modernidad necesaria a su imagen externa. Y muchos negros y mulatos están contentísimos con su calidad simbólica e instrumental.

Por último, un tercer sector de la elite, con un máximo de sensibilidad cultural e

histórica, piensa que los negros deben ocupar su lugar en un lugar que no distorsione el curso de los paradigmas de la cultura cubana. Sabe que el lugar de los negros cubanos es Cuba y que por tanto debe asumir lo africano. ¿Y cómo lo hace? Con una extraña culpa por lo que hicieron sus antepasados, asume una responsabilidad que no le corresponde por la trata y la esclavitud. Pide disculpas a la nación por aquel error histórico y desde esa ubicación retrospectiva quiere corregirlo en el presente. Para ello propone al negro la siguiente transacción: yo asumo la riqueza estética de tu cultura y la gracia y soltura de tu movimiento, y a cambio tú te deshaces de ciertas prácticas primitivas del mal salvaje, y de algunas concepciones que para nada tienen que ver con nuestro molde nacional y con el proyecto fundado y legado por hombres morales, regios y visionarios.

Estos hombres, al traerte aquí, se enriquecieron y tuvieron el tiempo y la disponibilidad necesaria para imaginar una nación, pero no se dieron cuenta que con tu arribo minaban su propia obra. Ahora, después de tantos intentos fallidos, nuestro proyecto perece por corrosión y es necesario que tomes conciencia de que la cultura cubana ya te ha asumido en lo que vales, en tus aportes—África la llevamos dentro—pero no tiene la capacidad ni la posibilidad, para no dejar de ser, de asumir todos aquellos atavismos que debilitan sus bases y su matriz.

Así se proyecta el sector culturalmente más sensible de la elite. Por eso se deja ver de cuando en cuando con algunos negros y negras y dialoga con los otros a través del mestizaje que puede asimilar: el de cierta música, cierta pintura y el del mulato o la mulata caucásicos.

No se puede perder de vista que este tercer sector está muy preocupado con el des-

barajuste social en nuestras comunidades, con el debilitamiento moral y ético de nuestra sociedad y con sus consecuencias, ruidosas para la paz ecológica de nuestra convivencia y básicamente criminales, que se incrementan en nuestras calles. De ahí el malestar que experimenta con la negligencia del segundo sector de la elite que, es su parecer, permite la reproducción de la excrescencia social detrás de la reproducción del primitivismo ritual y la estetización y exaltación del injerto.

El trabajo de Monseñor de Céspedes, sin representar intelectualmente al tercer sector, refleja sus preocupaciones. Su dilema expresa la contradicción, en el nivel de las ideas, que ilustraban en la convivencia cotidiana muy bien aquellos españoles que amaban el cuerpo del otro con la misma vehemencia que detestaban su mente. Un racismo de mezcla que funda la cubanía como incomodidad permanente con lo que en realidad somos.

Y este racismo de mezcla se escandaliza con eso que somos. Por ejemplo, las preocupaciones de Jorge Mañach con el choteo de los cubanos es la perplejidad de la alta cultura frente a la Cuba que es. El ideal romano, francés o norteamericano de república que sirvió de referencia a la elite cubana se veía constantemente desinflado por la sorna, la burla y la indiferencia de los otros.

Mañach, que junto a Fernando Ortiz, Enrique José Varona y otros era muy serio, cometió el error de juicio de pensar que la elite a la que pertenecía era también muy seria, y le faltó comprender que el choteo era parte de nuestra identidad porque era la respuesta acumulada a través de generaciones de cubanos, desde la época colonial, a la fatuidad inflamada de aquellas elites que exigían de los demás la gravedad moral que les faltaba. ¿Quién inauguró aquello, para

referirme a un plano tan importante como el del derecho, de que la ley se acata pero no se cumple? Todos lo sabemos. Pues bien, el choteo es la respuesta impotente de la cultura de resistencia al choteo serio de las elites cubanas hacia su propio proyecto. En tanto respuesta acumulada se transmite por generaciones y se convierte en identidad. Ciertamente, el cubano es burlón porque, y aquí está el origen del asunto, quienes los han dirigido hasta ahora nunca han merecido que se les tome seriamente. Y esto lo sabía, por anticipación, el presbítero Félix Varela.

Del choteo a la delincuencia y al crimen, las elites transfieren a los otros el fracaso del proyecto nacional. Y como son, conscientes o inconscientemente racistas, criminalizan la cultura.

En este punto, sin novedad en el frente. Los Abakuas (una hermandad de origen africano) fueron estigmatizados para siempre como sacrificadores de niños. Su dignidad, la que ellos creen tener y que los funda, sufre el rechazo cultural, incluso de aquellos que reconocen su participación en la Historia (así, con mayúsculas) de Cuba. Y los folclorizan por aquello de la política hecha con corrección.

Por eso a este sector de la elite se le ocurrió, en su proyecto nacional y para mejor cuidado de sus orígenes, que el mestizaje como propuesta podía encajar en una especie de flexibilización de la matriz. Ahora bien, el mestizaje físico no es el mestizaje cultural, por lo que apelar a él era un racismo que difería el blanqueamiento de la tez nacional pretendiendo que ello llevaría a la hegemonía de lo hispánico. Fracaso del proyecto, porque el mestizaje se hace no en la cabeza de los que intentan conducir una nación sino como resultado de la pasión irrefrenable entre diferentes. En muchos casos el mulato y la mulata son resultado de



ese proyecto racista —en el que participan tanto negros como blancos— que pretende el blanqueamiento de segundo y tercer grado, en dependencia de los matices de la mezcla, pero que no logra que los cubanos dejen de comportarse como tales. El resultado es y ha sido que nuestra identidad sigue su curso al margen de los experimentos étnico-éticos del proyecto de nación que hemos heredado.

Frente a este fracaso protesta el prestigioso y bien prestigiado Monseñor de Céspedes. Vive el mestizaje como un pesar, lleva el África dentro, siente un profundo malestar por las consecuencias de esta mezcla endemoniada y se le ocurre nada más y nada menos que el retorno a una invención y pretensión arcaicas que nada tiene que ver con Cuba: la reconstrucción moral de la nación a partir de una matriz hispánica. No importa que la satisfacción del despropósito implique desconocer que en la formación de las identidades el número y la presencia pueden ser tan engañosas como las metáforas florales: Cuba tiene tanta influencia indígena como estadounidense, a pesar de que sus poblaciones entre nosotros sean tan débiles.

¿Cómo lograr aquel propósito? En un intelectual, la primera operación es con las ideas y con la cultura. Pues retomando el

camino de lo que yo llamaría una especie de racismo lombrosiano. Conocido es que Cesare Lombroso era un reputado antropólogo y criminalista italiano a quien se le ocurrió la teoría de que había una relación entre el crimen y los tipos de seres humanos. Y que yo conozca, este es el primero texto que se atreve dentro de la Isla a establecer una relación entre lo que se define como primitivismo irracional y la marginalización social y penal que sufren los negros en Cuba; también, entre los componentes menos felices de nuestras maneras de ser y su pluriforme injerto africano. Honestidad y coraje tanto personal como intelectual que reconozco y agradezco.

Pero, asunto serio: la criminalización y desmoralización intelectual de un fragmento básico de nuestra identidad es el primer paso para la legitimación futura de un proyecto de nación racista, que ya está en marcha en algunas capitales y en muchas ciudades, incluyendo La Habana, y para la convalidación de la discriminación penal y policíaca que hoy sufre el negro en Cuba.

Y, asunto grave: en un país donde sus mayorías, según datos del Banco Interamericano de Desarrollo, están constituidas por lo que mal denominan afrolatinos, semejante retorno intelectual a la matriz puede resultar peligrosa.

Cuba es plural: plural es su identidad, plural es su matriz y plural es su imaginación. Lo que nos hace cubanos y lo que estubo en las bases de nuestra posibilidad como nación fue la combinación virtuosa y defectuosa de nuestro diverso origen. A decir verdad, el molde de las culturas y las naciones, en lo que tienen de particular, tiene más que ver con la mentalidad, el comportamiento y la convivencia que con lo que pretenden ser. Es bueno pretender algo. Nuestra virtud estará en no pretender que la arrogancia de

la conquista y la evangelización forja naciones. Los negros son también matriz de Cuba, aunque hayan entrado por la puerta trasera del país.

Admito, como muchos en Cuba, que estamos muy mal como nación precisamente porque ciertas elites dicen que estamos muy bien. Una muestra de que a ellas, muy irresponsables, les gusta perseverar en el error cuando se trata del país que dominan y en el que viven.

Creo que debemos luchar por una Cuba mejor; de hecho muchos lo hacemos. Pero no se logrará jamás con el despliegue de un racismo menor proveniente de una matriz que ha sido también vista con desprecio por otros racismos mayores. La integración, que no es el mestizaje, sólo exige el respeto por los otros, con los que no se comparten determinadas visiones del mundo ni sacrificios de cabras, gallinas y gallos.

Por suerte, conozco muchos católicos cubanos, dentro y fuera de Cuba, dentro y fuera de la elite, que comparten una visión más positiva, rica y sutil sobre los injertos y distribuyen las cargas terribles y defectuosas del país entre todas las razas. ¡Que del diablo son también los hispano-cubanos, aunque sólo ingieran vino y ostia!

Cuba, la que llevo dentro es, negativamente, un SOS por la integración nacional desde el único ángulo que creo puede ser: un laicismo republicano que dé espacio a todas las visiones del mundo, de dios o de los dioses y a todas las razas por igual, y que separe efectivamente al Estado del modelo cultural que heredamos y que tantas fragmentaciones ha provocado en la nación.

Una cosa me parece clara después de leer esa conferencia: el fracaso de nuestro proyecto nacional se explica por las pretensiones hegemónicas de la antigua hispanidad nacional-católica que sobrevivió en

Cuba con la fundación de la república, y tuvo una no tan extraña continuidad en el comunismo cubano desde la segunda mitad del siglo XX hasta hoy. En estos momentos, ambos parecen unirse en algún punto a través del pacto tácito de reanimar el proyecto nacional volviendo a los orígenes. No es rara en tal sentido la pugna simbólica entre todas las elites, las que piensan, por controlar la interpretación reanimada del pasado.

Por eso mismo reproducen, con o sin intenciones, su lógica racista.

El reto está en que negros, blancos y mestizos definamos, desde nuestras diferencias y desde nuestra común matriz cubana, una modernización laica de Cuba desconectados de los dos grandes relatos de nuestro fracaso cultural y político: el antiguo catolicismo y el comunismo en todas sus edades y versiones.